

7. Jesucristo es el Mesías prometido.- El viejo Adán, sin duda, hablaba sobre el Redentor, el Mesías prometido, con sus hijos y nietos y éstos comunicarían con fidelidad a sus descendientes aquellas profecías venturosas, para que les sirviesen de refrigerio en su peregrinación. Del patriarca Abrahán dijo Jesús a los judíos: «Abrahán, vuestro padre, se regocijó, pensando en ver mi día, lo vio y se alegró.» (Jn 8, 56). Ese día fue el día del nacimiento de Cristo, el Hijo de las promesas. Y como Abrahán, Isaac, Jacob, Judá, y todos los antiguos patriarcas.

8. Jesucristo, anunciado por los Profetas.- De manera admirable habla San Agustín de los sagrados libros en que se contienen las profecías sobre Jesucristo: «Son los judíos los que para su propia confusión conservan esos libros, que son nuestros. Cuando queremos mostrar a los paganos que Jesucristo ha sido profetizado, les enseñamos esos libros. Y para los que son duros en creer no digan, quizá, que nosotros los cristianos los hemos compuesto, y a la vez que el Evangelio que predicamos, hemos fingido los profetas, por eso precisamente les podemos convencer, que todos estos libros, en los cuales ha sido profetizado Cristo, los tienen los judíos: ellos son sus guardianes. Les presentamos los códices que tienen nuestros enemigos para confundir a otros enemigos... El judío le lleva el códice, para que crea el cristiano.

9. En Jesucristo se cumplieron todas las profecías.- «Predicciones, más de treinta, hechas durante once siglos por diversos profetas, de rasgos y detalles tan minuciosos, como variadísimos en su contenido, y todas ellas exacta y puntualísimamente cumplidas, tal como fueron profetizadas, en la Persona a quien se refieren, sólo a Dios han podido tener por autor... Destellos de luz divina emitidos durante once siglos, señalando a Jesucristo —Legado divino— Hijo de Dios; seguro nos pueden conducir a Él como puerto de la Verdad Religiosa. Cuando lleguemos a Él, oigamos de su boca divina: «Yo soy la Verdad». Las credenciales que Dios entregó a su Hijo, son de tal naturaleza, por su multiplicidad y clarividencia, que aquietan el entendimiento más escrupuloso». (J. A. Laburu).

LA PRENSA DE LA SAGRADA FAMILIA
IGLESIA CATÓLICA EN MISIÓN
LA DOCTRINA DE JESUCRISTO EN EJEMPLOS

Con autorización eclesiástica

TEMA: DIOS SALVADOR

1. La segunda Persona de la Santísima Trinidad, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre.- La Santidad de Dios mira con horror los pecados del mundo; la Justicia reclama el castigo de los mortales; pero la Bondad quiere comunicar sus bienes y la Misericordia pide el perdón de los culpables, quiere remediar sus miserias. ¡La Justicia y la Misericordia se han encontrado! Para resolver este conflicto la infinita Sabiduría propone como medio la Encarnación del Verbo; pero... ¡es un medio tan fuerte! Como que la primera vez que oyeron los judíos hablar de esto, se escandalizaron, y los gentiles lo juzgaron por locura. Interviene entonces la caridad de Dios y ¡el Verbo se hizo carne!



2. Se hizo hombre para redimirnos del pecado.- A San Paulino, obispo de Nola, le suplicaba una pobre viuda le diera lo necesario para rescatar a un hijo suyo único, a quien había tomado como esclavo el rey de los vándalos. «Hija, contestó el santo, no tengo otra cosa que darte sino mi persona; me ofrezco por esclavo tuyo y consiento en que me canjees por tu hijo». Pensó la viuda que al obispo no le faltarían medios para recobrar su libertad, y aceptó la propuesta. Canjeado por el hijo, sirvió primero como jardinero, y reconocido más tarde como obispo, fue puesto en libertad con los otros esclavos cristianos.- Jesucristo lo hizo mejor «existiendo en la forma de Dios, no consideró como una presa arrebatada la igualdad que tenía con Dios, sino que se anonadó a Sí mismo, tomando forma de esclavo, hecho semejante a los hombres». (Filipenses, capítulo 2, versículo 7). ¡Y todo esto para que los hombres, esclavos de Satanás, recobrasen la libertad de hijos de Dios!

3. Se hizo hombre para darnos ejemplo de vida.- Como el cristal de un espejo, dice San Francisco de Sales, no detendría nuestra vista, si no tuviera por detrás una capa de estaño o plomo; así la divinidad no podría ser bien contemplada por nosotros en este bajo mundo, si no se hubiese unido a la sagrada humanidad del Salvador. El apóstol y evangelista San Juan comienza su primera epístola con estas palabras de alborozo: «Lo que fue desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y contemplamos, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida... esto es lo que os anunciamos, para que os gocéis y nuestro gozo sea completo» (Primera Epístola de San Juan, capítulo 1, versículos 1 y 4).

4. Jesucristo es el Hijo unigénito del Padre eterno.- El rey San Eduardo, viendo a un pobre mendigo junto a un camino, le tomó sobre sus espaldas y le llevó a la iglesia, pero no por esto dejó de ser rey. Jesucristo, por salvar a la oveja perdida, se despojó de su majestad y riquezas y se hizo el más pobre entre los hombres. Ocultó su vestido rico de Rey, dice San Pedro Damiano, bajo la ropa de un pobre aprendiz de carpintero. (San Alfonso María de Ligorio).

5. Jesucristo nació de la Virgen María.- Su cuerpo fue formado de la tierra virgen en el paraíso de las delicias; esto es, de la sangre virginal de María, en el castísimo seno de esta celestial Señora.

6. Jesucristo es el Mesías, el enviado de Dios.- Había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, principal entre los judíos, que vino de noche a Jesús y le dice: «Rabbí, sabemos que has venido como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con él». -Jesús le habla del bautismo necesario para entrar en el cielo; y ante las dudas de Nicodemo, le dice: «En verdad, en verdad te digo, que nosotros hablamos de lo que sabemos y de lo que hemos visto damos testimonio... Y nadie sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo... Porque tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por Él.» (San Juan 3, 1-17). Bien claro aparece aquí que Jesucristo habla de Sí mismo como enviado de Dios.

